EL AHOGADO

El suicidio del cura-7

EL AHOGADO

1

No había nadie en Fecamp que no conociese la historia de la tía Patín. No había sido feliz con su esposo, la pobre tía Patín, porque la pegaba de un modo lastimoso.

Era patrón de una barca de pesca y se había casado con ella porque era bonita aunque pobre.

Patín, buen marinero, pero brutal, iba á la taberna del tío Aubán, donde bebía ordinariamente cuatro ó cinco copas, ocho ó diez cuando había abundado la pesca, y á veces más aun, cuando así le
placía.

Las copas las servía la hija del tío Aubán, una morena graciosa que atrafa parroquianos por su

lindo palmito solamente, pues nunca la había mordido la maledicencia.

Patín, cuando entraba en la taberna, la miraba con gusto y la requebraba con cortesía, á fuer de buen muchacho. Cuando había bebido la primera copa ya le parecía más guapa; á la segunda le guiñaba el ojo; á la tercera decía: «Si usted quisiese, señorita Deseada...» sin acabar nunca la frase; á la cuarta ya procuraba retenerla por las sayas para darle un beso, y, cuando bebía diez, el tío Aubán servía las demás copas.

El viejo tabernero, que conocía todas las picardías del oficio, hacía que Deseada pasase entre las mesas para activar el consumo, y Deseada, á fuer de lista, hablaba y bromeaba con los bebedores, sonriente la boca y prometedora la mirada.

A fuerza de beber copas, Patín se acostumbró tanto á la cara de Deseada, que pensaba en ella hasta en el mar, cuando lanzaba sus redes al agua lejos de la costa, durante las noches de calma y de tempestad, cuando hacía luna ó cuando las tinieblas convertían el agua en tinta. Pensaba en ella empuñando el timón, mientras sus cuatro compañeros dormitaban. La veía sonreirle, servirle aguardiente amarillento y marcharse diciéndole:

-¡Ea! ¿Está usted contento?

Y á fuerza de pensar en ella de continuo, tuvo un deseo tan vehemente de casarse con ella que, no pudiendo vencerlo, la pidió en matrimonio.

Era rico, dueño de su barca, de sus redes y de una casa situada en la costa, junto á la Retenue; mientras el tío Aubán no tenía un céntimo. Se le aceptó de mil amores y la boda se celebró pronto, pues ambas partes tenían prisa, por motivos distintos.

Pero tres días después del matrimonio, Patín no acertaba á comprender por qué había imaginado que Deseada era de otra especie que las demás mujeres. ¡Cuán bruto había sido dejándose seducir por una pobre que de fijo que le había vertido alguna pócima en el aguardiente!

Renegaba durante la pesca, rompía la pipa entre los dientes, reñía á sus marineros; y después de blasfemar á boca llena de todo lo conocido y desconocido, espectoraba el resto de su cólera contra los pescados y las langostas que retiraba de las redes y que lanzaba á las cestas con una retahila de ternos á cual más repugnante.

Luego, ya en su casa, teniendo al alcance de su mala lengua y peores manos á su mujer, la trataba de un modo abominable. Y como ella, acostumbrada ya á las violencias de su padre, le escuchase resignada, se exasperó de su calma y, una noche le levantó la mano. Entonces fué horrible la vida de la infeliz.

Durante diez años sólo se habló en la Retenue de las tundas que Patin propinaba á su mujer y del modo soez como le hablaba. Blasfemaba con tal abundancia de vocabulario y tal energía, que no había quien pudiese competir con él en Fecamp. Apenas su barca embocaba el puerto, volviendo de la pesca ya se esperaba la primera andanada que iba á lanzar desde el puente, apenas divisara la gorra blanca de su compañera.

De pie en la popa, cuando el mar estaba alborotado, maniobraba con la mirada fija en la proa y en la vela, y á pesar de lo difícil que era salvar el estrecho paso y á pesar de las olas enormes que invadían el callejón, buscaba, entre las mujeres que esperaban á los marinos, á su mujer, á la hija del padre Aubán, á la miserable!

Entonces, apenas la divisaba, á pesar del ruido de las olas y del viento, le lanzaba una andanada de blasfemias, con tal fuerza, que todos se reían por más que compadeciesen á la infeliz. Luego, cuando la barca tocaba el muelle, vociferaba de tal modo descargando el pescado, que todos los papanatas del muelle acudían á oirle.

Sus ternos los vomitaba de distintos modos, tan pronto secos y rápidos como un cañonazo, como á guisa de un trueno que retemblaba durante cinco minutos, lo cual producía un huracán de blasfemias inéditas y formidables.

Después, cuando saltaba de la barca y se hallaba frente á frente con su mujer, rodeado de curiosos y pescadores, soltaba un nuevo torrente de injurias y la llevaba así hasta su casa, ella delante, él detrás, ella llorando, él chillando.

Entonces, cuando estaban á solas, ya cerrada la puerta, la golpeaba con cualquier pretexto. Cualquier cosa le bastaba para levantar la mano, y cuando había empezado ya no se detenía y le arrojaba al rostro los verdaderos motivos de su odio. A cada bofetada, á cada puñetazo vociferaba: «¡Ah! miserable, ¡ah! desdichada, ¡ah! canalla; ¡buena la hice casándome contigo! ¡Tú y el arrastrado de tu padre me engatusásteis como unos canallas que sois!»

La pobre mujer vivía en un perfecto susto, amedrentados de continuo el cuerpo y el alma, esperando sin cesar insultos y golpes.

BIBLIOTECA LINUE CATALA

"ALFORRO METEO"

AND 1826 MONTERREY MEXICO

Y tal vida duró diez años. Era tan temerosa que palidecía hablando con cualquiera, y sólo pensaba en las nuevas brutalidades que la esperaban. Así es que la infeliz era amojamada, amarillenta y seca como un pescado ahumado.

II

Una noche, mientras su marido estaba en el mar, se despertó de pronto oyendo ese estrépito pavoroso que produce el viento cuando se desencadena de improviso. Se sentó en la cama; pero como cesara el ruido, volvió á acostarse. Luego, la voz del huracán sonó de nuevo sacudiendo toda la casa y armando un concierto siniestro y grandioso á la par.

Se levantó y corrió al puerto. Ya había allí otras mujeres, que llegaban de todos lados con linternas. Los hombres acudían también y contemplaban el espectáculo magnífico del mar embravecido.

La tempestad duró quince horas. Once marineros, no volvieron y Patín fué de los que faltó.

Cerca de Dieppe hallaron los restos de la Jeune Amélie, su barca. Recogieron, junto á Saint-Valeri,

los cuerpos de sus marineros; pero el suyo no pareció. Como el casco parecía partido, su mujer esperó y temió su vuelta durante mucho tiempo; pues si había habido abordaje, podía ocurrir que el buque que ocasionó el siniestro hubiese recogido á Patin.

Luego, poco á poco, se acostumbró á la idea de que era viuda, temblándole, sin embargo, las carnes, cada vez que una vecina, un mendigo ó un buhonero, entraban bruscamente en su casa.

Un mediodía, cuatro años después de la desaparición de su marido, se detuvo ante la puerta de un viejo capitán de barco, muerto poco tiempo antes y cuyos muebles se subastaban.

Precisamente en aquel momento vendían un loro verde con la cabeza azul, que miraba descontento é inquieto á aquella multitud.

—¡Tres francos!—gritaba el subastador;—¡tres francos, un loro que habla como un abogado!

Una amiga de la Patín la tocó el codo:

—Usted que es rica debería comprar este pajarraco. Le haría compañía; de fijo que vale más de treinta francos. Siempre podrá usted sacar de él veinte ó veinticinco francos.

-¡Cuatro francos, señoresl ¡Cuatro francos!-

chillaba el vendedor.—Canta visperas y predica como el señor cura. ¡Es un fenómeno... un milagrol

La Patín ofreció cincuenta céntimos más y le dieron en una jaulita el ave picuda.

Luego lo instaló en su casa y al abrir la puerta de alambre para ponerle el bebedero, recibió un picotazo que le rompió la piel y le hizo saltar sangre.

-¡Qué perro es!-pensó.

Sin embargo, le dió alpiste y maiz y le dejó alisándose el plumaje y examinando la nueva casa con aire socarrón y malhumor.

Al día siguiente, apenas amanecía, la Patín oyó de un modo claro una voz recia, sonora, la voz de Patín que gritaba:

-¿No te levantas, bribona?

Su espanto fué tal, que ocultó la cabeza entre las sábanas, pues cada mañana, apenas abría los ojos, su marido le lanzaba aquellas cuatro palabras.

Temblorosa, acurrucada, esperaba ya los golpes, que no tardarían en caer, y murmuraba:

-¡Dios mío! ¡Ha vuelto! ¡Ya ha vuelto, Dios mío!

Pasaban los minutos; ningún ruido turbaba el silencio de la habitación. Entonces, temblorosa, sacó la cabeza, segura de que Patín la espiaba, dispuesto á pegarla. No vió nada, nada más que un rayo de sol que atravesaba los cristales, y pensó:

-De fijo que está oculto.

Esperó, y algo más tranquila, murmuró:

—Debo haberlo soñado; no es posible que esté aquí.

Cerraba de nuevo los ojos, ya sin temor, cuando la voz del ahogado, la voz furiosa, tronó muy cerca:

-¡Voto al demonio de los demonios! ¿No te levantas, cochina?

Saltó de la cama movida por la obediencia, por la obediencia pasiva de mujer aporreada, que se acuerda después de cuatro años de las palizas recibidas, que se acordará siempre y que obedecerá á la voz terrible. Se levantó y dijo:

-Allá voy, Patín. ¿Qué quieres?

Pero Patín no respondió.

Entonces, horrorizada, miró en torno; luego buscó por todas partes: en los armarios, bajo la cama, en la chimenea, y no encontró á nadie. Y se desplomó en una silla, enloquecida de angustia, convencida de que el alma de Patín estaba junto á ella para atormentarla.

De pronto recordó que se podía subir al desvăn

desde el exterior, mediante una escalera de mano. De fijo que se había ocultado allí para sorprender-la. Todos aquellos años habria estado en alguna costa inhospitalaria y ahora volvía más terrible que nunca. No podía dudar de ello; conocía su metal de voz.

Levantando la cara hacia el techo, preguntó:

-¿Estás aqui arriba, Patin?

Patin no contestó.

Entonces salió del cuarto, subió al desván, miró por todos lados. No había nadie.

Sentada sobre un haz de paja se echó á llorar; pero mientras lloraba, acometida por un terror tremendo y sobrenatural, oyó en su habitación la voz de Patín que hablaba. Parecía menos colérico, más tranquilo y decía:

-¡Mal tiempo! ¡Gran viento! ¡Mal tiempo! ¡No he almorzado, voto á Dios!

Ella gritó á través del techo:

-Voy, Patin; haré las sopas. No te impacientes; ya voy.

Y bajó corriendo.

No había nadie en el cuarto.

Se sintió desfallecer como si la muerte la tocara

é iba á huir y á pedir socorro á los vecinos, cuando gritó junto á su oído:

-¡No he comido, voto á Dios!

Y el loro, en la jaula, la miraba con sus ojos redondos, burlones y amenazadores.

También ella le miró horrorizada, murmurando:

-¡Ah! ¿Eres tú?

El pajarraco añadió, moviendo la cabeza:

—¡Espera, esperal ¡Ya te enseñaré yo á holgazanear!

¿Qué pensó la cuitada? Imaginó que era el muerto que volvía, que se había ocultado en el plumaje del loro para atormentarla de nuevo; que iba á blasfemar como antes, todo el día, á morderla, á vomitar injurias para que acudiesen los vecinos y rieran á su costa. Entonces se precipitó, abrió la jaula, cogió el pájaro, que se defendía y le arrancaba la piel con el pico y las uñas. Pero le apretaba con las dos manos con todas sus fuerzas, y tirándose al suelo, aplastó al loro con el peso de su cuerpo con furia de poseída y le convirtió en una piltrafa blanda, verde, que no se movía, que no hablaba; y luego, envolviéndolo en una rodilla como en un sudario, salió en camisa, descalza, atravesó el muelle, que patían las olas, y, sacudiendo el trapo, dejó caer

aquella cosa muerta que parecía un puñado de hierba; luego volvió á su casa, cayó de rodillas, y, trastornada por lo que había hecho, pidió perdón á Dios, sollozando, como si hubiese cometido un gran crimen.

> UNIVERSIDAD DE RILEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITADA MALFONSO REYES! ANNO. 1825 MONTERREY, MENICO